

que fueron grandes los beneficios que recibieron de sus consejos llenos siempre de prudencia y sabiduría.

Poco tiempo despues de la muerte de este respetable anciano, el mas notable de los hombres que figuraron en la historia antigua, el rey Ixtlilcuechahuac cumplió el tiempo de su gobierno y entregó el poder á su hijo primogénito Huetzin. Este gobernó desde el año de 823 hasta el de 875 sin que en su tiempo hubiera algun notable acontecimiento, fuera del aumento que sucesivamente se iba notando en aquella nacion: cumplido su periodo, entregó el gobierno segun la ley á su mayor Totepeuh.

CAPITULO VII.

Reinados de Totepeuh, Nacaxoc, Mitl y la reina Xiuhltalzin.

Ningun hecho que merezca llamar la atencion se señala en los gobiernos de Totepeuh y Nacaxoc: el primero despues de los 51 años de su reinado, pasó el poder al segundo que era su hijo; y este cumplido el mismo periodo, lo entregó tambien á Mitl, en cuyo tiempo ya se habia aumentado considerablemente el pueblo tolteca.

Muchas ciudades se habian formado; pero se hace particular mencion de Teotihuacan, la cual aunque muy reducida, subsiste aun con el nombre de S. Juan Teotihuacan distante siete leguas de México. Esta ciudad cuyo nombre significa habitacion de los dioses, era famosa por sus templos. por los cuales exedia en magnificencia á la corte, En proporcion que el tiempo avanzaba, la verdad religiosa sufria sus alteraciones: y ya en el reinado de Mitl estaba tan avanzada la idolatria entre

su imperio, que aunque no se habia perdido la idea ni la adoracion del Tloque Nahuaque, rendian ya el culto al sol, como á una divinidad superior, teniéndola como dios del sustento, bajo el nombre de Tonacateuhtli y en su honor habian levantado un templo magnífico á la parte oriental de la ciudad de Teotihuacan, que le dieron por nombre Tonatiuh Itzaqual, significando *casa del sol*: á quinientas varas distante de esta, hicieron otro menor llamado de Meztli Itzacual, *casa de la luna*; y en derredor de estos, otros muchos mas pequeños, dedicados á las estrellas errantes, presumiendo que fueran tantos cuantos eran los planetas de que ellos tenian conocimiento segun los adelantos que habian hecho en la astronomía.

El templo mayor ó Tonatiuh Itzaqual, era una fábrica redonda á manera de cerro, formado de cuatro cuerpos que subian en disminucion, teniendo su base doscientas noventa y siete varas de diámetro. Se subia por una escalera hecha en la misma fábrica: los cuatro cuerpos simbolizaban las cuatro estaciones del año y los cuatro signos de su calendario para denominar los años; y sobre el último cuerpo estaba puesta la estatua del sol, siendo de figura humana, labrada de una pieza en una piedra colosal, con una lámina de oro finísimo embutida en el pecho, en la cual reverberaban los rayos del sol al salir, por estar la estatua de frente al oriente. El templo de la Luna era solo de tres cuerpos y con la misma figura, teniendo tambien una estatua con adornos de oro y plata. Estos templos aun subsistian al tiempo de la conquista: y aprovechándose los españoles del metal, las estatuas fueron destrozadas por orden del señor D. Fr. Juan de Zumarraga primer obispo de México.

Para el servicio de estos templos se tenian designados algunos sacerdotes, quienes ofrecian al sol las primicias de los frutos que llevaba el pueblo: y al levantar la co-

secha del maíz, le hacian una solemne fiesta, sacrificando en honor del sol un hombre que se escogia entre los mas fascinerosos. Esta es la primera vez, que las páginas de la historia de México, se hallan manchadas con la noticia de esta bárbara ofrenda en honor de una falsa divinidad. Al concluir el año, los sacerdotes vendian al pueblo el nuevo fuego, producido por la friccion de dos pedernales.

Otra de las deidades que veneraban entonces, era Tlaloc, á quien suponian ministro de la Providencia y por esto su efigie era el símbolo de la abundancia. Lo representaban de color negro para denotar la tierra y con muchos rios de agua que la fertilizan, hacian figurar su rostro: una corona de plumas blancas y verdes indicaba los frutos: le ponian por dientes unos granos de maiz que era la semilla mas usual para su sustento: un abanico de plumas blancas y rojas puesto en la cabeza, indicaba los vientos que traian las aguas: en la mano derecha tenia un rayo para significar los relámpagos y truenos: el vestido era una tela azul con fajas de oro, que indicaban la serenidad de los cielos despues de las lluvias; y una rodela de donde salian plumas de todos colores y que tenia en la mano izquierda, significaba la variedad de flores y frutos que produce la tierra fertilizada por las aguas. El templo de esta divinidad se hallaba en un punto elevado de la sierra de Tezcoco: y cada año se le hacia una fiesta, que entre otras cosas contenia la bárbara costumbre de sacrificar cinco doncellas que se abrian vivas para ofrecer al dios, sus corazones palpitantes.

Tambien habian progresado bastante las ciudades de Toluca y Quauhnahuac, hoy Cuernavaca: en la primera habia un palacio de piedra, en el que se veia grabada por la parte exterior en figuras y geroglíficos, toda la historia de su antigüedad, sus peregrinaciones, guerras, calami-

dades y buenos sucesos: en la segunda, habia tambien otro célebre palacio de cantera cortada, que se ajustaba sin necesidad de argamasa; y en general habian adelantado en toda clase de artes, como en fundir el oro y la plata, labrar con perfeccion las piedras preciosas y hacer toda clase de tejidos, particularmente los de algodón que hacian de varios colores y de distintas clases, algunas semejantes al paño y otras con el bello del algodón semejando al terciopelo.

Tantas ventajas adquiridas en el desarrollo de las artes, las abundantes cosechas que les daban los fértiles y estensos campos que cultivaban: la opulencia de sus ciudades: un pueblo numeroso, que vivia contento al abrigo de una sencilla pero sábia legislacion; y un soberano como Mitl, que aventajaba á sus predecesores en excelentes cualidades, presentaban un risueño cuadro de la monarquía tolteca, que parecia haber llegado al apogeo de sus glorias. El jóven rey habia elegido para su consorte, una señora de las principales, llamada Xiuhtlaltzin, la cual mereció lo mismo que su real esposo cautivar los corazones de sus vasallos, porque las admirables disposiciones que adornaban su grande alma, pronto se emplearon en ayudar al rey para aumentar el bienestar y prosperidades de aquella nacion que estaba bajo su cuidado.

En aquel tiempo la ciudad de Teotihuacan exaltada por la fama de sus templos atraia hácia sí un numeroso concurso, y era por lo mismo mas frecuentada que la corte de Tollan, lo cual no veia con agrado el soberano: y valiéndose del grande influjo que ejercia en el ánimo de sus súbditos, emprendió la construccion de un templo que superara al de Tonatiuh Itzaqual dedicado á una divinidad que imaginó crear, para que con su carácter de novedad atrajera la atencion de aquel pueblo supersticioso. La rana consagrada como diosa de las aguas, fué el númen que produjo el capricho del rey, puesta so-

bre un pedestal de piedra una figura de un palmo de longitud, hecha de oro maciso y adornada con esmeraldas, que imitaba perfectamente al animal que acababa de recibir los honores divinos.

El templo era un salon cuadrilongo de piedra, labrada con la mayor perfeccion que pudieron los artífices de la nacion: y el culto que se le tributaba á la nueva diosa, era solo presentarle las oblacones del pueblo, por medio de los sacerdotes encargados del templo; mas no se permitió sacrificio alguno de hombre ni de animales. Todas estas novedades y el aparato de que se procuró rodear á los sacerdotes, causaron un efecto que no se veia en los templos de Teotihuacan: y como lo habia previsto el rey, su hábil combinacion ocasionó frecuentes romerias al templo y aumentó el concursó y el esplendor de la corte.

Pero lo que mas positivamente contribuyó al aumento de la poblacion y al progreso, fué la disposicion de distribuir premios y honores á los que mas aventajaran en las artes ó hicieran algun descubrimiento: pues esta medida *verdaderamente reformista* agrupó en derredor del trono los hombres mas hábiles en toda clase de industria; y la corte se convirtió en un seminario de diestros artífices, cuya luz á la vez de circundar de esplendor la corona de Mitl, á su reflejo veíase esparcir su irradiante claridad sobre todos los pueblos de la monarquía tolteca.

Este ecneso de gloria y el crecido amor de los súbditos, fué un peso demasiado para el frágil corazón del rey, que no tuvo el valor de sus antepasados para sacrificar la satisfaccion de su amor propio, ante el exacto cumplimiento de la ley. Llegó el periodo de los 52 años de su reinado y satisfecho de la consideracion de sus vasallos, siguió en posesion de la corona otros siete años, hasta que la segur de la muerte vino á tronchar con su terrible golpe, aquella vida que se manifestaba tan apo-

yada á la vanidad de un trono que ya no le pertenecia. Los pueblos no siempre tienen el valor civil necesario para romper contra los poderosos, que en la infraccion de las leyes, destrozan la pública felicidad. y cautivados por ciertas acciones, jamas se creen escusados de quemar los incienso de su adulacion, ante los hombres que traspassando la órbita de sus facultades, han encaminado á la multitud por el sendero de su ruina. ¡Triste condicion de los pueblos incautos que no estenden su vista una linea mas allá del momento presente! Así fué, que á la muerte de Mitl, el pueblo tolteca solo vió la pérdida de un rey amante de los adelantos materiales: y derramó lágrimas de crecido dolor sobre aquellas cenizas frias; sin fijar su atencion, en que al quebrantar la ley que habia dictado la prudencia de sus mayores, abria la puerta á la inmoralidad, precursora de las violentas tempestades que derriban los imperios como á una débil caña.

Vestido el rey con los adornos que acostumbraba llevar en vida, fué conducido al templo de la rana que él habia hecho construir, y ahí fué depositado su cadáver incensado con la veneracion de su pueblo. Concluidos los honores fúnebres, la nobleza pasó á espresar sus sentimientos de dolor ante la reina Xiuhtlaltzin: y como un tributo de justo reconocimiento, por el esfuerzo con que ayudó á llevar la carga que habia pesado sobre los hombros de su esposo la proclamaron reina.

El hijo mayor de Mitl, que era Tecpancaltzin estaba ya en estado de gobernar; pero amaba tanto á su buena madre, que lejos de ofenderse por la pretencion de la nobleza, que era contraria á las leyes del reino y á los derechos que ellas le daban para ceñir la corona, fué el primero en proclamar por reina á la Señora, la cual creyó un deber, aceptar sobre sí la difícil y pesada tarea de gobernar aquel pueblo. Ella desplegó el mismo celo,

actividad y acertada conducta en bien del público, que ya la habia hecho acreedora á la estimacion general; pero la felicidad de los toltecas empezaba á declinar á su ocaso y poco les duró la satisfaccion de ver en el trono á aquella reina. Al cuarto año de su gobierno, que era el 1039 de la era cristiana, pagó á la naturaleza el tributo comun á todo el linage humano: y sus restos fueron á la tierra de donde habian salido, acompañados de las lágrimas de sus vasallos, los cuales ya presentian cerca la hora de aquella suprema calamidad, que les habia sido predicha por el sábio Hueman.

CAPITULO VIII.

Reinados de Tecpancaltzin y Topiltzin.

El príncipe Tecpancaltzin subió al trono, con las virtudes que habia heredado de sus padres y nada tuvo que estrañar de sus vasallos, en cuanto al afecto que profesaron á Mitl y la reina Xiuhltaltzin, á lo cual correspondió él, imitando á sus ilustres progenitores, en el infatigable zelo para procurar los adelantos de su pueblo. Para esto tenia ya trazada una linea que le era fácil seguir, en la ejecucion de aquellas máximas que él mismo habia visto poner en práctica con tanto acierto: y á esto añadió una mayor aplicacion al culto de los dioses, siendo el primero en frecuentar los templos, pasando ahí arrodillado algunas horas para hacer oracion, sin que esta práctica piadosa, le impidiera dedicar el tiempo necesario en cuidar de los negocios del gobierno, recibir las peticiones de sus súbditos y administrarles justicia.

Así pasó diez años viendo crecer la estimacion del pueblo hácia él: y en el año correspondiente al 1049 de de nuestra era, estando un dia retirado en su palacio,

se le presentó Papantzin uno de sus deudos y vasallos. Este acompañado de su hija Xochilt, presentó al rey una cantidad de miel de maguey que acababa de descubrir: invencion que el rey vió con agrado; pero sintiendo una fuerte inclinacion hácia la bella portadora, le encareció á su pariente la repeticion de su obsequio, el cual podia hacer la ñina acompañada de las personas de su servidumbre, para que él no distrajera en eso, el tiempo que con tanto provecho debia emplear en beneficio del estado.

La confianza que Papantzin tenia en la virtud y severas costumbres del rey, lo hizo no conocer la mal disimulada pretension hácia su hija: y envanecido por los honores que se le dispensaron en cambio de su regalo, salió dispuesto á obsequiar los deseos del soberano, sin sospechar que tras de aquella dulce afabilidad se ocultaba la hiel, que mas tarde amargaría su existencia y debia preparar el acontecimiento que causara la ruina de su nacion.

Algunos dias despues volvió la inocente Xochitl acompañada de Tepenenetl su nodriza, y presentó al rey su segundo regalo en nombre de su padre, acompañado de un razonamiento tímido y turbado: Tecpancaltzin y los señores que lo acompañaban, elogiaron el descubrimiento de Papantzin; y la ama de leche fué despedida llevando ricos presentes y nuevos honores para el padre de Xochitl, siendo uno de ellos, la noticia de que su hija quedaba en la corte entregada á unas matronas ancianas, que cuidando de su educacion la hicieran tan estimable como el rey deseaba, para corresponder al mérito de su padre, en la exaltacion de esta niña á una de las primeras señoras de la monarquía.

Grande fué el desconsuelo del padre, con el mensaje de Tepenenetl, por ser la única hija que tenia; pero la alta estimacion hácia su soberano, no dió lugar á

que en su mente asomara ninguna sospecha de su desgracia: y antes por el contrario, habiendo ido al palacio para darle las gracias por hacerlo objeto de sus reales consideraciones, el rey supo usar de una hábil y astuta apariencia de rectitud, para que Papantzin volviera á su casa satisfecho de su procedimiento.

Xochitl fué entregada luego á los criados de mayor confianza para ser conducida al palacio de Palpan, sitio de diversion para el rey en sus floridos jardines; y una familia preparada con anterioridad, debia recibirla y atenderla con las consideraciones que á su real persona. Este palacio situado sobre una colina inmediata á la ciudad de Tolan, era una especie de fortaleza, formada de altos y gruesos muros, con una sola entrada; y esta la guardaban criados encargados de un estrecho sigilo de este acontecimiento, así para con la reina, como para con los vasallos. Allí se presentó Tecpancaltzin á Xochitl, despojándose de la gravedad del monarca, y manifestándose como un galan aprisionado por sus gracias y hermosura; pero todos los discursos que empleaba para esponer la vehemencia de su pasion, eran inútiles ante la entereza de aquella vírgen, que rechazó los torpes alhagos de su amante, con la dignidad que la virtud inspira aun á los mas tímidos corazones. Burlado el primer intento de Tecpancaltzin, renunció la idea de rendir aquel corazon por el cariño y empleó los rayos de su poder, descargando amenazas sobre la cabeza de su víctima. Entonces, la que habia tenido valor para sofocar en su corazon el fuego que pudieran encender los ardientes razonamientos del amor, no tuvo la fortaleza necesaria para sacrificar una vida pasajera ante el altar de su virginal pureza, y doblégó las armas de su constancia, ante la fuerza criminal de su contrario.

El rey siguió visitando sus jardines de Palpan, para gozar de la amable vista y los favores de la rendida Flor,

que concibió un niño y fué dado á luz en el año de 1051 al cual aludiendo á las causas que determinaron su nacimiento, se le puso por nombre Meconetzin, que se interpreta *el niño del maguey*. Luego que se dió á luz el fruto de las amorosas visitas de Tecpancaltzin, se reconocieron en su cuerpo las señales que el sábio Hueman habia dejado predichas para el último monarca toltecatl, en cuyo tiempo seria destruida la nacion: esto causó al rey una profunda pena, considerándose instrumento de su propia ruina; mas aun abrigó la esperanza de que una educacion esmerada podria hacer á su hijo superior á sus pasiones, burlando así las amenazas del fatal destino que les amenazaba con la completa destruccion.

Los siniestros presentimientos y necesarios cuidados de Papantzin, hacian traicion á su tranquilo corazon, confiado en la conducta inmaculada de su rey: así es, que ocultando la inquietud que en secreto devoraba por la ausencia de su hija querida, hizo esquisitas investigaciones hasta que salvando las precauciones del soberano, pudo saber que su hija se hallaba en el palacio de Palpan tan cuidadosamente guardada, que ninguna persona podia penetrar á su interior. Con un aspecto de rústica sencillez y algunas dádivas, logró vencer á los guardas: y hallando en el interior á su hija, llevando en brazos el fruto de su inocencia burlada, ésta anegó en lágrimas el pecho de su infortunado padre, quien impuesto de todo el secreto, volvió luego á la ciudad y con las mas severas espresiones, hizo cargo al rey de la infamia con que manchaba el honor de un vasallo leal. El rey confuso por esta reconvencion tan justa como inesperada en la que su misma conciencia era el fiscal, deseaba saber quien hubiera revelado el secreto para descargar en él su enojo; pero no respondiendo Papantzin sino con renovar sus amargas quejas, el rey tomó el partido de calmarlo, ofreciendo mantener aquel misterio en el que se interesaba

el honor de su hija, hasta que pudiera enlazarse con ella, reconociendo como sucesor al trono á su hijo Meconetzin, con lo cual se dió por satisfecho el afligido padre.

En este constante empeño de Tecpancaltzin, por velar su infidencia á los ojos de la reina y de todos sus vasallos, se nos da á entender en este rasgo de la historia antigua, no solo que segun la legislacion de los toltecas eran prohibidos el adulterio y el concubinato, sino cuanto cuidaban aquellos monarcas de la rectitud en sus acciones para ser un perfecto modelo que imitaran sus súbditos, porque no podrian tener su accion espedita en reprimir la malicia de los vasallos, si una conducta reprehensible causaba el desenfreno de los inferiores. ¡Lecion saludable si en todos tiempos fuera la norma de los que dirigen los destinos de las sociedades!

Cuando Xochitl, por muerte de la reina pasó con su hijo al palacio principal, manifestó al lado del rey un conjunto de cualidades, que la hicieron muy estimable de todos los vasallos; sin embargo, no faltaron personas de las principales, que recordando ser la madre, cómplice en el delito del rey, y el hijo fruto de aquel amor criminal, vieran á ambos con desagrado. El principal descontento era Huehuetzin, que se consideraba con derecho al trono de Tolan: y á su partido se unieron dos poderosos señores, dueños de grandes estados en las costas del mar del sur, hasta mas adelante de Xalisco. Y conociendo Tecpancaltzin no ser infundada la pretension de Huehue, por no tener él sucesion legítima, quiso antes de dejar el trono, ir preparando la seguridad de la corona para su hijo, para lo cual algunas veces le dejaba las riendas del gobierno acompañado de Xochitl, para que ellos mismos fueran adquiriendo popularidad, con las mercedes que por sus manos dispensaran.

Cuando Tecpancaltzin cumplió el tiempo de su gobierno, lo entregó á Meconetzin, á quien le pres-

taron obediencia todos aquellos señores, cuyo ánimo habia ganado el rey; pero Huehuetzin, y sus dos aliados Xiuhtenacatl y Cohuanacotzin, no concurrieron á la corte para esta ceremonia, manteniéndose desde entonces independientes en sus gobiernos, sin obedecer las órdenes del rey.

Meconetzin daba en su gobierno cada dia, inequívocas pruebas de su sabiduría y acierto para gobernar; pero su padre lejos de manifestarse satisfecho por esto, temblaba al recordar las terribles predicciones de Hueman, porque veia en su hijo al monarca señalado por el fatal destino para envolver en su desgracia, la grande y opulenta nacion tolteca; y él habia sido el instrumento para que la corona viniera á su cabeza.

Nadie ha purgado un delito con espiciacion tan dura como el desgraciado Tecpancaltzin: aun estaba en los floridos huertos de Palpan, embriagado con los placeres de la deliciosa compañía de Xochitl: al ver el fruto de su generacion que le presentaban las fecundas entrañas de su amada, iba á poblar con himnos de alegría, las perfumadas regiones de aquella mansion de placeres; cuando la voz del mas sabio y venerable de los toltecas, sale de los subterráneos del templo mayor y reconociendo en ella la del anciano Hueman, reconoce en el hijo de su desgracia, las señales con que estaria marcado el monarca que causara la ruina de su nacion. Un frio mortal heló sus venas; pero se prometió contrariar lo funesto de la prediccion, con la esmerada educacion de su hijo. Esta fué tan esmerada, que cualesquiera se habria prometido un fin glorioso para el jóven rey; mas Tecpancaltzin no hallaba sino motivos para aumentar su amargura, porque si su hijo subia por el camino de la gloria, á tanta altura como cualquiera de sus ilustres antepasados, no era sino para derrumbar con el exeso de su misma grandeza, el trono en que estaba sentado: sepultando entre sus rui-

nas, sus proezas, su nombre, la felicidad de sus vasallos y el porvenir de un pueblo, que tanto habia avanzado por el camino de la prosperidad y el engrandecimiento.

Gobernó cuatro años felizmente, y se consideraba dichoso en medio de los aplausos generales; pero esta misma gloria que ornaba su cabeza, corrompió su corazon: la virtud degeneró en vicio; y la sabiduría de su gobierno, en orgullosa presuncion y despotismo. Por el mal ejemplo que habia recibido de su padre, arrastrando la dignidad de la majestad, por el asqueroso fango del vicio, se creyó autorizado para quitar el freno á sus pasiones; y manchó su lecho nupcial, con innumerables infidelidades. Los torpes apetitos del rey, fueron lisongeados y favorecidos por personas de las principales y se encendió de tal modo en su pecho la llama del vicio, que nunca tenia objetos bastantes para saciar su deleite. Descuidada entre tanto la observancia de las leyes, el pueblo se pervirtió por el escándalo: se perdió el recato en las mugeres: se rebajó la dignidad sacerdotal: los templos fueron profanados; y la corrupcion de las costumbres trajo á la nacion á un abismo, en el que, eran cosas comunes, el robo, el adulterio, el asesinato y toda clase de crímenes.

Tecpancaltzin lamentaba amargamente estos males, porque veia esterilizados sus trabajos para la educacion de su hijo: y lo que es mas, la destruccion de la monarquía, como un espectro se adelantaba á gran prisa, turbando en todas partes su reposo. No hallaba tregua su dolor, sino alimentando la idea de hacer cambiar la conducta del rey, dándole sus prudentes consejos, unas veces en la expansion de la confianza como amigo, y otras cubriéndolos con el respeto de la autoridad paterna. A las prudentes advertencias del padre, unía Xochitl sus amorosas reconvenciones: y aunque Meconetzin parecia mostrarse dócil á ellos, distaba mucho de hacerlo; pues

por el contrario, abandonado mas cada dia á sus desórdenes, hizo un absoluto olvido del gobierno, y entregado este, en manos de confidentes miserables, violentamente se acercaba al abismo donde se habia de hundir para siempre.

Los padres inútilmente derramaban ardientes lágrimas ante los desórdenes del rey, porque este seguia imperturbable su carrera, hasta que siniestros presagios vinieron á amargar la copa de sus insensatos placeres. Se empezaron á experimentar calamidades de todo género: y la multitud atribuia estos fatales efectos á brujas y endriagos. Raros fenómenos en la naturaleza avisaban un cercano cataclismo: los sabios, confusos por este universal desorden, convinieron en ser las señales precursoras de la ruina del reino; pero creyeron posible suspender el golpe y salvar el estado, con la reforma de las costumbres y aplacar la cólera de los dioses con sacrificios. Conformándose el rey con este dictámen decretó se hicieran fiestas en todos los templos: dictó leyes para reprimir los vicios y volver la moral pública á la pureza en que se habia mantenido en los reinados de sus mayores: él mismo para animar á sus súbditos apartó de su lado á los cómplices de sus iniquidades y emprendió una vida, que restaurara con su ejemplo los daños que habia causado; pero el castigo estaba decretado de una manera infalible, sin que pudieran contenerlo, ni un tardío y estéril arrepentimiento de aquel pueblo envilecido por sus crímenes, ni sus sacrificios nacidos de un corazon acobardado por un temor servil.

